

LICEO BICENTENARIO TALAGANTE



SELECCIÓN DE CUENTOS
“RELATOS SOBRE LA AUSENCIA”
LECTURA DOMICILIARIA

SEGUNDO MEDIO
LENGUA Y LITERATURA

Profesora Ana Vargas Miranda

LAGUNA

(MANUEL ROJAS)

De aquella época de mi vida, ningún recuerdo se destaca tan nítidamente en mi memoria y con tantos relieves como el de aquel hombre que encontré en mis correrías por el mundo, mientras hacía mi aprendizaje de hombre.

Hace ya muchos años. Al terminar febrero, había vuelto del campo donde trabajaba en la cosecha de la uva. Vivía en Mendoza. Como mis recursos dependían de mi trabajo y éste me faltaba, me dediqué a buscarlo. Con un chileno que volvía conmigo, recorrimos las obras en construcción, ofreciéndonos como peones. Pero nos rechazaban en todas partes. Por fin alguien nos dio la noticia de que un inglés andaba contratando gente para llevarla a Las Cuevas, en donde estaban levantando unos túneles. Fuimos. Mi compañero fue aceptado en seguida. Yo, en ese entonces, era un muchacho de diecisiete años, alto, esmirriado, y con aspecto de débil, lo cual no agradó mucho al inglés. Me miró de arriba abajo y me preguntó:

-¿Usted es bueno para trabajar?

-Sí –le respondí-. Soy chileno.

-¿Chileno? Aceptado.

El chileno tiene, especialmente entre la gente de trabajo, fama de trabajador sufrido y esforzado y yo usaba esta nacionalidad en esos casos. Además mi continuo trato con ellos y mi descendencia de esa raza me daban el tono de voz y las maneras de tal.

Así fue cómo una mañana, embarcados en un vagón de tren de carga, hacinados como animales, partimos de Mendoza en dirección a la cordillera. Eramos, entre todos, como unos treinta hombres, si es que yo podía considerarme como tal, lo cual no dejaba de ser una pretensión.

... Había varios andaluces, muy parlanchines; unos cuantos austríacos, muy silenciosos; dos venecianos, con hermosos ojos azules y barbas rubias; unos pocos argentinos y varios chilenos.

... Entre estos últimos estaba Laguna. Era un hombre delgado, con las piernas brevemente arqueadas, el cuerpo un poco inclinado, bigote lacio de color que pretendía ser rubio, pero que se conformaba modestamente con ser castaño. Su cara recordaba inmediatamente a un roedor: el ratón.

... Le ofrecí cigarrillos y esto me predispuso a su favor. Me preguntó mi edad y al decírsela movió la cabeza y suspiró:

... -¿Diecisiete años? Un montoncito así de vida.

... Y señalaba con el pulgar y el índice una porción pequeña e imaginable de lo que él llamaba vida.

... Usaba alpargatas y sus gruesas medias blancas subían hacia arriba aprisionando la parte baja del pantalón. Una gorra y un traje claro, muy delgado, completaban su vestimenta que, como se ve, no podía ser confundida con la de ningún elegante. A la hora del almuerzo compartí con él mi pequeña provisión y esto acabó de atraerlo hacia mí. Más decidior ya, por efecto de la comida, me contó algo de su vida; una vida extraña y maravillosa, llena de viscisitudes y de pequeñas desgracias que se sucedían sin interrupción. Hablando con él, observé esta rara manía o costumbre: Laguna no tenía nunca quietas sus piernas. Las movía constantemente. Ya jugaba con los pies cambiando de sitio o posición una maderita o un trocito de papel que hubiera en el suelo; ya las movía como marcando el paso con los talones; ya las juntaba, las separaba, las cruzaba o las descruzaba con una continuidad

que mareaba. Yo supuse que esto provendría de sus costumbres de vagabundo, suposición un tanto antojadiza, pero yo necesitaba clasificar este rasgo de mi nuevo amigo. Su cara era tan movable como sus piernas. Sus arrugas cambiaban de sitio vertiginosamente. A veces no podía yo localizar fijamente a una. Y sus pequeños ojos controlaban todo este movimiento con rápidos parpadeos que me desconcertaban.

-¿De dónde es usted, Laguna?

(¿Por qué se llamaría Laguna? ¿Sería un mote o un nombre? Nunca lo supe.)

Contestóme:

-Soy chileno; de Santiago. Pura araucanía.

Parecía tener el orgullo de su raza y seguramente decía aquella última frase para significar que era un chileno de pura sangre araucana.

En el tren intimamos mucho. Los demás no me llamaban la atención. Laguna era una fuente inagotable de anécdotas y frases graciosas. Mi juventud se sentía atraída por este hombre de treinta y cinco años, charlador inagotable, cuya vida era para mi adolescencia como una canción fuerte y heroica que me deslumbraba. Su tema favorito era su mala suerte:

-Yo soy roto muy fatal, hermano. Usted se morirá de viejito, le saldrá patilla hasta para hacerse una trenza y nunca encontrará un hombre tan desgraciado como yo.

El dolor de su vida, en lugar de entristecerme, me alegraba. Contaba sus desgracias con tal profusión de muecas e interjecciones, que yo me reía a gritos. Se paraba un instante, se ponía serio y me decía:

-No se ría de la desgracia ajena; eso es malo.

Y seguía contando. En las partes que él consideraba trágicas o patéticas, sus ojos se cerraban y sus orejas, largas y transparentes, parecían trasladarse hacia la nuca.

-Y entonces, cuando gritaron: ¡cuidado, que vamos a largar!, yo me hice a un lado, el poste cayó, una piedra saltó y me rompió la cabeza.

Sus arrugas tornaban a su posición normal, sus ojos se abrían, las orejas volvían al sitio predilecto y me miraba para ver qué impresión hacía en mí su relato.

-¡Ja, ja, ja! ¡Qué Laguna!

Y toda la peonada hacía coro a mis risas.

*** **

Al anochecer del mismo día llegamos a Las Cuevas. Yo conocía la cordillera por haberla atravesado dos veces en mi niñez, pero de ella no guardaba más recuerdo que el de una mulita muy suave, un arriero que me cuidaba, de un coche que rodaba entre dos murallas de nieve y de mi madre, este último más patente que los otros. Por lo tanto, el espectáculo era nuevo para mí. Una sensación inmensa de pequeñez sobrecogió mi espíritu, cuando, al descender del tren, mi vista recorrió ese inmenso anfiteatro de montañas. El cielo me parecía más lejano que nunca. Ni un árbol. Aridez absoluta en todo lo que veía. Rocas que se erguían, crestas rojas o azules, manchones de nieve, soledad, silencio. El tren se perdía como un gusano, entre las moles, ridículo de pequeño. Y los hombres parecíamos más pegados al suelo que en ninguna parte.

Como no nos esperaban con alojamiento preparado en el hotel, tuvimos que proceder inmediatamente al levantamiento de las carpas que nos servirían de habitación. A cinco chilenos, entre los cuales estaba Laguna, nos dieron una. La paramos en medio de maldiciones y juramentos.

Corría un viento fuerte que azotaba la tela y la hacía hincharse como una vela. Cuando ya la teníamos casi armada, el viento la tumbaba. Laguna cogía su gorra, la tiraba al suelo, zapateaba un poco sobre ella, luego se tomaba la cabeza con ambas manos y levantando al cielo su cara, exclamaba:

-¡Por Diosito, Señor!

Esta parecía ser su exclamación favorita.

Por fin la carpa quedó en estado de habitarla y nos repartimos el pedazo de terreno, sembrado de piedras del tamaño de un puño, que utilizaríamos a modo de blanda cama. Extendimos nuestras ropas en el suelo. Laguna nos miraba hacer. Alguien preguntó:

-¿En qué irá a dormir Laguna?

Este lo miró y bajó la cabeza avergonzado. Nada que denunciara la presencia de una prenda de vestir o de cama había en su equipaje, que llevaba envuelto en un pañuelo.

Cuando nos acostamos, Laguna estuvo un momento parado, con expresión de hombre indeciso; conversaba y fumaba. Luego se decidió y sin hacer ningún preparativo se tendió en el desnudo suelo, al lado mío. Yo quise ofrecerle mi cama, pero el temor de avergonzarlo me hizo desistir. Se apagó la luz. Con los ojos abiertos en la sombra, tendido de espaldas en mi lecho, conversé un momento con él. A la luz de su cigarro veía a intervalos su nariz aguileña y su bigote lacio. Después, insensiblemente me quedé dormido. Desperté al cabo de unas horas y mientras orientaba mi pensamiento escuché los ruidos de la noche. Afuera el viento, muy frío, parecía aullar como un animal agujoneado. El rumor del río aumentaba con su rodar de piedras aquel grito prolongado del viento. La carpa crujía violentamente. En medio de toda aquella sinfonía salvaje percibí un sonido humano. Pensé que alguien rondaba, tal vez perdido, alrededor de la carpa e incorporándome en la cama escuché con atención. Pero no era afuera. Era al lado mío. Laguna, dormido seguramente helado de frío, castañeteaba los dientes y se quejaba.

-Laguna...

No me contestó.

-Laguna.

Silencio.

-Laguna.

-¡Ah!

-¿Qué le pasa?

-Tengo frío, hermanito.

-Acuéstese aquí.

-No, gracias.

-Venga, hombre.

Se levantó y empezó a desnudarse. De repente oí un sollozo y Laguna lo comentó diciendo:

-Yo soy un roto muy fatal.

Después, como un perro, buscó la cama y se acurrucó entre las ropas, tiritando.

-Hermanito...

-¿Qué quiere?

-Muchas gracias.

No contesté. Laguna suspiró, se movió un poco, se encogió, seguramente hizo una de sus muecas acostumbradas y por fin se durmió. Yo escuché un momento su respiración, cortada a trechos por suspiros, y luego me dormí.

Al otro día empezó el trabajo. Se trataba de hacer túneles para resguardar la línea de las nevazones y los pequeños rodados. El trabajo era fuerte, pero como el frío también lo era, ambos se neutralizaban con gran alegría nuestra y satisfacción del inglés.

A los diez días de estar allí, nuestros rostros habían cambiado completamente. El frío quemaba la piel, la rajaba; la cara se despellejaba, las pestañas caían quemadas también y a todo este trabajo de destrucción y transformación contribuía el hecho de que nadie se lavara la cara sino los domingos. El agua era tan helada que nadie se animaba a hacerlo. Solamente los días de descanso se calentaba agua y se procedía a una limpieza, minuciosa por parte de unos, somera por la de otros. Además, nuestras ropas viejas y sucias, los ponchos oscuros y las barbas crecidas, aumentaban el cambio, haciéndonos aparecer, a los ojos de cualquier viajero erudito, como descendientes directos de una familia de trogloditas.

*** **

A los quince días de estar ahí le sucedió la primera desgracia a Laguna, si es que desgracia puede llamarse lo que voy a narrar. El ya lo extrañaba; me decía:

-¿No le parece raro que no me haya pasado nada?

Y arrugaba la nariz.

Fue un día jueves. El día anterior había nevado y el frío era intenso. Trabajábamos en una zorra y Laguna era el "bandera". Su trabajo consistía en ir delante de nosotros, a distancia de una cuadra, llevando una bandera roja con la cual anunciaba la proximidad del tren.

Veníamos con una carga de madera. Cuando llegamos al sitio en que debíamos descargar, vimos que Laguna estaba sentado detrás de un peñasco y bien arrebujado en su poncho. Silbaba monótonamente:

- Fi..., fi..., fiii...

Le dijimos algunas bromas y empezamos a descargar. En los ratos que descansábamos, Laguna nos advertía su presencia con el fi fi de su silbido. Corría un vientecillo que cortaba las carnes. De repente Laguna dejó de silbar. No paramos en ello la atención y cuando terminamos uno gritó:

- ¡Ya, Laguna, vamos!

Pero Laguna no contestó.

- ¿Se habrá quedado dormido? Vamos a darle una broma.

Uno de los compañeros fue sigilosamente hacia él. Cuando estuvo delante, levantó el poncho como para pegarle. De pronto se inclinó, miró fijamente a Laguna y alzando los brazos gritó:

- ¡Muchachos, vengan!

Corrimos. Cuando llegamos, Laguna, con la cabeza inclinada sobre un hombro, sonreía dulcemente como si soñara. Se estaba helando. Lo levantamos violentamente y mientras uno lo sujetaba, descargamos sobre él una verdadera lluvia de ponchazos, pellizcos bofetadas y creo que hasta puntapiés. Al cabo de un rato abrió los ojos y nos miró atontado. Le refregamos la cara con nieve y le seguimos pegando. De pronto gritó:

- ¡Ya está bueno! ¡Ya está bueno!

Y salió corriendo. Como un caballo que ha estado largo tiempo atado, Laguna daba saltos, tiraba puntapiés, se revolcaba en el suelo, lanzaba fuertes puñetazos, hacía mil contorsiones y, por último, variando el ejercicio, cantó, mientras se acompañaba de un furioso zapateo:

*Suspirando te llamé
y a mí llamado no vienes;
como me ves sin trabajo
te haces sorda y no me entiendes.*

Hasta que cayó al suelo, jadeando como una bestia.

*** **

Mientras tanto, el trabajo adelantaba rápidamente. Ya en algunos sitios la vía estaba cubierta por los túneles. Se hacían hoyos en el suelo, se metían en ellos enormes postes, éstos se juntaban por medio de una trabazón de madera y luego todo se revestía de planchas de zinc. Como el terreno era pedregoso, muchas veces en los hoyos se encontraban gruesos peñascos que era necesario partir con dinamita. Todos los días, a la hora del almuerzo o de la comida, fuertes detonaciones rajaban el silencio de la cordillera. Los estampidos resonaban contra los cerros más cercanos y éstos devolvían un eco que chocaba en otros, sucesivamente, hasta convertirlos en un trueno prolongado y profundo.

A consecuencia del accidente anterior, la movilidad de Laguna se acrecentó extraordinariamente. El miedo a helarse nuevamente lo hacía andar en un perpetuo entrenamiento físico. Saltaba, corría, bailaba y zapateaba.

¡Pobre Laguna! Verdaderamente, era fatal. Un día cayó un poste; todos corrieron, Laguna más que nadie; pero, al ir corriendo y mirar hacia atrás, tropezó en un durmiente de la vía y el filo de otro casi le quebró una pierna. Otro día lo llevaron preso sin causa alguna y lo tuvieron todo el día haciendo un camino en la nieve, entre el cuartel y la estación, en medio de un fuerte frío. Parece que esto era un recurso de que se valían los guardias cada vez que la nieve tapaba el camino.

Después los acontecimientos se precipitaron y la fatalidad se apretujó más sobre su cabeza de roedor.

Andábamos trabajando en la zorra y volvíamos de Las Cuevas con una carga de ochenta planchas de zinc que pesaban once kilos cada una. Como de la estación al campamento la vía tenía un profundo declive, largamos los frenos y la zorra se precipitó velozmente hacia abajo. Con el impulso que traía, ayudado por la pesada carga y por la pendiente de la línea, el vehículo se cargó. Agarró tal velocidad, que un poco más allá del puente del río los postes y las rocas pasaban ante nuestra vista con tal continuidad, que parecía que entre ellos no había ninguna distancia. Cuando quisimos frenar, la zorra no obedeció y de esa manera pasamos por el campamento en una carrera trágica. Yo iba en el freno delantero y Laguna en el de atrás. Ya la peonada corría detrás nuestro, gritando:

- ¡Tírense! ¡Tírense!

Uno gritó:

- ¡Hay que tirarse!

Se envolvió la cabeza con el poncho y saltó. Dio una vuelta en el aire y luego pareció hundirse en el suelo. Otro de los peones cayó de lado y quedó inmóvil. El tercero quedó parado después de describir un círculo que habría causado admiración a cualquier geómetra. Yo tiré mi poncho y luego me arrojé de espaldas al vacío. Caí de bruces. Cuando levanté la cabeza, la zorra iba a una cuadra de distancia. Laguna iba parado en el freno; su poncho oscuro se agitaba a impulsos del viento como una bandera de muerte. La boca de un túnel pareció tragarse al hombre y al vehículo, que después

de un instante reaparecieron por el otro lado. Todos corríamos detrás. De repente, el freno resbaló, Laguna vaciló y por un segundo sus manos arañaron el vacío. Luego cayó de boca. A los treinta metros, en una violenta curva de la vía, la zorra saltó y las planchas de zinc se clavaron en los postes. Cuando llegamos, Laguna yacía a un costado de la línea. Había caído sobre la cremallera y del golpe se le saltaron casi todos los dientes. Después rebotó y cayó en una acequia, en cuyo filo se hizo dos heridas en la cabeza. Tenía la cara llena de sangre y respiraba quejumbrosamente. Al otro día se lo llevaron al hospital.

*** **

A los pocos días, antes de terminarse los trabajos del túnel, yo bajé a Mendoza. Había sido hablado para invernar, como peón, en una estación situada entre Las Cuevas y Puente del Inca, y necesitaba comprar ropas de invierno. Cuando quise volver, la Compañía me negó el pasaje por no presentar una autorización del jefe o del capataz. Como mi ropa había quedado allá, resolví regresar a pie. Me uní con dos anarquistas chilenos que regresaban a su tierra y emprendimos el viaje, saliendo de Mendoza una noche de abril. Después de tres días de viaje, llegamos al campamento y allí me encontré con Laguna, que ya había vuelto del hospital. Estaba visiblemente cambiado. La cara se le había hecho más pequeña, tenía la boca hundida a causa de la falta de los dientes, y toda su persona parecía estar inclinada bajo un peso invisible. Me llamó a su lado y me dijo casi llorando:

- Hermano, vámonos a Chile. Siento que si me quedo aquí me voy a morir.

Lo pensé y me decidí. Le dije que sí. Se alegró tanto que me dio un abrazo. Esperamos la noche para salir. De día era peligroso pasar porque había nevado y el camino del cuartel a la estación estaba tapado. Los peones nos dieron carne, queso, charqui y café. A unos cuantos arrieros que venían de Chile les preguntamos si el tiempo era bueno en la cordillera y nos contestaron que el viento que corría no era fuerte y que la nieve caída era muy poca.

A las nueve, después de efusivas despedidas, partimos los cuatro: Laguna, los dos anarquistas y yo.

Había nevado bastante y el camino estaba tapado. Nos orientamos por las luces de la estación. Atravesamos un pequeño puente y empezamos a buscar el camino ancho. A las dos cuadras nos perdimos. Por fin, después de varias vueltas, encontramos la buena ruta y empezamos a subir. A los mil metros de altura empezó a nevar fuertemente. La noche era oscurísima. Caminábamos un trecho y descansábamos. El peso de nuestra ropa, que llevábamos a la espalda, nos fatigaba un poco. No hablábamos. Laguna iba adelante con la cabeza gacha y silbando despacito. De vez en cuando, con un dulce dejo de pena, cantaba:

*Dos corazones tengo
para quererte;
uno tengo de vida
y otro de muerte.*

De repente se detuvo y nos dijo:

- Oigan.

Escuchamos. Un ruido profundo y sostenido llegó hasta nosotros. De pronto el ruido se trocó en

un clamor casi humano. Parecía que una garganta enorme, de voz ronca, gritaba en la cumbre.

Laguna dijo:

- Es el viento.

El era. Llegaba loco, furioso, estruendosamente. Después de un momento, el clamor subió a rugido y éste se multiplicó en todos los tonos. Golpeaba en las rocas, saltaba de quebrada en quebrada, se azotaba contra un cerro y rebotaba en otro. Parecía que un ejército de leones bajaba rugiendo hacia el llano. Era horrible y hermoso.

Como íbamos a favor de un cerro, no lo sentíamos en nuestros cuerpos, pero, al dar vuelta el camino, el viento nos detuvo como una mano poderosa. Daban ganas de gritar y de llorar. La sangre zumbaba bajo la impresión de este emocionante e invisible espectáculo. El viento subía rabiosamente desde el lado chileno, llegaba a la cumbre y se derrumbaba poderosamente hacia el llano argentino.

Nos detuvimos a conferenciar. Hablábamos en voz baja, como temiendo que el viento nos oyera. Volver era peligroso. Nos exponíamos a que el viento nos cogiera de espaldas y nos lanzara cerro abajo, como a las mulas cargadas. Decidimos seguir. Y nos lanzamos al camino. A los pocos pasos nos detuvimos, ahogados. La fuerza del viento era tal, que nos impedía arrojar el aire absorbido en la respiración. Laguna gritó:

- ¡ Tápense la boca con un pañuelo!

Seguimos su consejo y pudimos respirar. Caminábamos de lado para ofrecer menos blanco al viento. A los tres mil ochocientos metros nos detuvimos indecisos. Un pequeño rodado había tapado el camino, y en lugar de la línea recta de éste, sólo se veía una blanca raya oblicua que bajaba vertiginosamente hacia la quebrada. La nieve, endurecida, era resbaladiza como jabón.

- Hasta aquí llegamos.

¿Cómo pasar? No traíamos ni un miserable palo con que ayudarnos. Uno de los anarquistas, llamado Luis, dijo:

- Es preciso pasar.

Sacó un largo cuchillo y se lanzó sobre aquella raya, en cuyo fin la muerte abría la boca enorme de la quebrada.

Inclinados bajo el viento, lo miramos pasar. Clavaba el cuchillo, agarrado a éste daba un paso, se tendía en la nieve, sacaba el cuchillo, lo clavaba, daba otro paso y poco a poco se alejaba de nosotros. De repente resbaló y rodó un metro. Lanzamos un grito. El hombre quedó un momento inmóvil y luego empezó a subir, arrastrándose, hasta que logró asirse del cuchillo que había quedado clavado. Demoró veinte minutos en atravesar los ochenta metros del rodado.

Después pasé yo. Nunca, como aquel momento, me he sentido más cerca de la muerte. Apretados los dientes, hincando con todas mis fuerzas los zapatos en la nieve, buscando en la sombra los hoyos abiertos por el cuchillo del anarquista, atravesé aquel camino angustioso. Caer era rodar mil o dos mil metros hasta quedar convertido en una cosa sin nombre. Cuando llegué al camino, permanecí un momento desorientado y luego me lancé a correr hacia la casilla del Cristo Redentor. Allí estaba Luis. Con fósforos hicimos arder papeles y nos calentamos las entumecidas manos.

- ¿Y los otros?

- Ya vienen.

Esperamos un largo rato y no aparecieron.

- ¿Se habrán perdido? Vamos a buscarlos.

Salimos y gritamos.

- Si han seguido hacia delante es inútil gritar. El viento nos devuelve los gritos.

Recorrimos los alrededores y de pronto oímos una voz que llamaba a lo lejos. Buscamos al que gritaba y encontramos al otro anarquista, abrazado a un poste de los que marcan los límites de Chile y Argentina. Lo levantamos y lo sacudimos un poco hasta que se repuso.

- ¿Y Laguna?

- No sé; cuando yo llegué a este lado del rodado, él empezaba a atravesarlo.

- Habrá seguido.

- No; no ha seguido. Debe haberse perdido.

Una enorme angustia me subió del corazón a la garganta y corrí como un loco, gritando:

- ¡Laguna! ¡Hermanito!

Pero el viento me devolvía sarcásticamente los gritos.

*** **

Al otro día, mientras bajábamos, busqué por todas partes los rastros de Laguna. Pero seguramente la nieve había tapado sus huellas, porque ni en el camino, ni en las quebradas, ni en ninguna parte la marca de un pie o de un cuerpo quebraba la armoniosa tersura de aquella inmensa sábana, bajo la cual, seguramente, Laguna dormía su último sueño.

- ¡Pobre roto fatal!

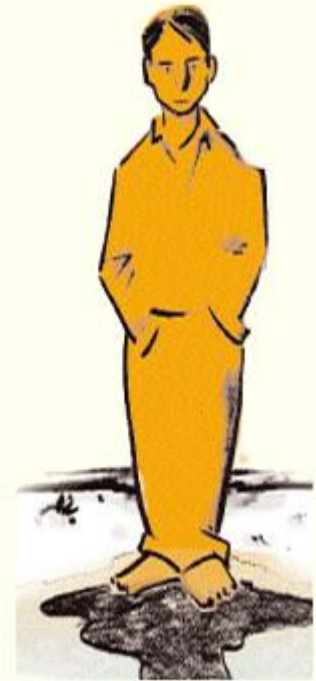
FIN

CHUFA

(Alejandra Costamagna)

Se llama Roberto Soto pero, nadie sabe muy bien por qué, le dicen Chufa. No llega a los veinte años, tiene el pelo liso y muy grueso y unos pómulos abusivamente hundidos. Una cara filuda tiene. Una cara, se diría, chupada por el propio filo de sus hendiduras. Chufa nació en el sur y ahora, a las ocho

de una noche de diciembre, está en la capital. Después de la muerte de sus padres no le quedó otra salida. O sí: podría haber azotado calles en el sur. Prefirió azotarlas en el centro, en la latitud 33 o por ahí, y entonces subió a un bus provincial, llegó a la capital de la región, subió a un bus nacional, llegó a la capital del país y aquí está: en el rodoviario, como llama la gente ahora al terminal de buses, con un par de billetes y algunas monedas sueltas en el bolsillo, y la intuición de hallarse en la mitad de un hormiguero, de ser él mismo una hormiga cualquiera. Peor: una hormiga cualquiera y sin trayectoria definida. Chufa mira a un perro amarillo y piensa que los perros del sur tienen el pelo más liso que los del centro. El perro que él mira, sin embargo, es excepcionalmente crespo. No es que todos los perros capitalinos luzcan rulos de mulato. Pero eso el muchacho aún no lo sabe. A Chufa le gustan los perros. Si ahora mismo se sacara el suéter, uno podría ver que su polera tiene estampado el dibujo de un perro. Es un perro siberiano, y lo curioso de la ilustración es que el perro lleva a un hombre amarrado de una correa. Lo lleva de paseo.



Chufa está cansado y se sienta en un banquito de la estación a comer un pan que ha traído del sur. Al frente se instala un viejo pascuero. Saca una radiocasete de un bolso y aprieta play. Pascua feliz para todos: el estribillo retumba en la estación de buses mientras el viejo hace karaoke con una sonrisa inestable. Sus labios, en esa postura, parecen un trocito de bistec mal cortado. Chufa lo mira y siente ganas de cantar. Pero no canta: en realidad le carga cantar.

Las siguientes son horas de espera. ¿De espera de qué? Chufa no lo sabe, pero su actitud es la de alguien que espera con paciencia, con infinita y tranquila y casi zen paciencia. Una actitud más propia de Séneca o de algún griego arcaico que de un muchacho de provincias estacionado de súbito en la gran capital. En algún minuto de la tarde decide que ya es hora de moverse y saca del bolsillo del pantalón un papel arrugado, una hojita de bloc roñosa o quizás una servilleta, y se dirige hacia un teléfono público. Mira el número anotado en el papelito, echa una moneda en el aparato y disca el número. Aló, tío. El tío se muestra extrañado por la presencia del sobrino. ¿Dónde estás?, pregunta. Acá. ¿Acá en la capital? ¿Y qué estás haciendo acá? El hombre sabe de la muerte de los padres de Chufa, pero esto no se lo esperaba. Esto: la llegada repentina de su sobrino a la capital, a su casa, puede que a su vida. Sin embargo, el tío no es ningún demonio y al final le dice bueno, ya; vente, Chufita, vente. Desde el otro lado del teléfono le da las indicaciones para llegar a su casa. Tienes que tomar la micro equis en la esquina equis y bajarte en la calle equis. Chufa corta la llamada y trata de retener las últimas señas: el número de la casa, los nombres de las calles. La verdad es que las indicaciones le parecen difícilísimas de seguir. No tiene la más remota idea de dónde está parado; no sabe ni cuál es el norte siquiera. A la mierda con el tío, piensa. Pero qué va a hacer: el tío es su hormiga más conocida en este hormiguero. En el teléfono que ocupó hace unos segundos ahora hay un hombre calvo hablando sin mucho ánimo. Cada palabra sale de su boca como un soplo difuso. Lo último que oye Chufa es "te vas a acostumbrar, Negro, te lo digo yo". Después corta. El muchacho se acerca al hombre y le pregunta por la calle equis o por la micro equis o por la esquina equis. El

hombre exhala lo que parece su último soplido y dice: "Camina dos cuadras hacia allá, hijo, y ahí preguntas". Chufa no sabe por qué el desconocido lo ha llamado hijo. No le gusta que lo llamen hijo. Su padre, de hecho, jamás lo llamó hijo. Chufa, Chufita, a lo más Roberto en un par de ocasiones. Nunca hijo. Chufa camina las dos cuadras y pregunta. Está, en efecto, en la calle equis. Se detiene en una esquina a esperar que pase la micro equis. En el paradero hay un viejo pascuero sin barba. Puede que venga de regreso, se le ocurre. O de la Pascua anterior. De cualquier manera no está para la fiesta de esta noche, eso es seguro.

La micro equis pasa a los pocos minutos. El muchacho sube y camina haciendo equilibrio por el pasillo. El pavimento está roto y la micro da saltos de coctelera. Hacia el final del pasillo cree ver a otro viejo pascuero. Pero no está seguro. A lo mejor, piensa, la barba blanca y el traje rojo son casualidades. Chufa mira por la ventana con entusiasmo o con algo parecido al entusiasmo, acaso tratando de atrapar a otro repentino pascuero en su minuto de acción. Se le ocurre que la ciudad es un festival de viejos pascueros. Viejos y en su mayoría tristes (y se diría también miserables) pascueros. Ya es de noche. No lleva mucho rato de viaje (pongamos, veinte minutos) cuando la mujer joven que va sentada enfrente se acerca y le habla. Es raro lo que dice. A Chufa le parece raro. Esto es lo que dice: oye, ¿tú estás muy apurado por llegar? Desde luego, Chufa no tiene ni un apuro. A la mujer se le aproxima ahora un hombre y juntos comienzan a interrogarlo. No, no está apurado; sí, claro que le gustaría ganarse unos pesitos; no, en principio no tiene planes. No sabe a qué vienen las preguntas de la pareja, en verdad ignora si interrogatorios como éste son comunes en esta ciudad, en este barrio al menos. O en estas micros nocturnas de la capital. Después de un rato de divagaciones, al fin le explican lo que quieren de él. A estas alturas Chufa se ha dado cuenta —o cree haberse dado cuenta— de que los desconocidos no son traficantes de órganos ni asaltantes de bancos ni cafiches desvelados que pretendan meterlo en su negocio de Navidad. No. Es todo mucho más simple y raro a la vez: el hombre y la mujer quieren pasar la Nochebuena en un pueblo de la costa y van en esta micro camino de la estación de trenes. Hasta ahí todo bien. El problema es que les ha entrado una duda: ¿han apagado o no el fuego de uno de los quemadores de la cocina de su departamento? Después de tostar un pan, ella no recuerda haber cortado el gas. Pero a lo mejor lo hizo y fue un acto mecánico. Puede que sí, puede que no. El caso es que la duda no les permite seguir viajando tranquilos. Lo que quieren, lo que le ofrecen a Chufa, es que vaya al departamento, vea si el fuego está prendido y lo corte si es necesario. Y si no, nada: que se vaya y buenas noches los pastores. Por supuesto, le ofrecen dinero como recompensa. Mientras Chufa lo piensa, la mujer le hace una confesión. Dice: ¿sabes qué? Nos morimos de ganas de comer mirando el mar. ¿Y cómo entro?, pregunta el muchacho de improviso. Te pasamos una copia de las llaves y se las das después a la vecina. Chufa sabe que debe decir sí, es obvio que tiene que aceptar ya la repentina y acaso milagrosa oferta que le han hecho. Pero algo, un instinto de indecisión muy primario, le hace vacilar. Y se pone a inventar, como un perfecto fabulador.

Inventa el muchacho en la micro que tiene una familia y que debe llegar a cenar con ellos esta noche de Navidad. La pareja le cree y asegura comprenderlo. Entonces aumentan la oferta. En la cabeza de Chufa se aparece inesperadamente la imagen del tío. A lo mejor, recapacita en silencio, puede pasar unos días en el departamentito y olvidarse del tío. A la mierda un rato el tío. Quedarse en el departamento, que imagina con balcón y almohadas de pluma, y llamar al tío desde la tina. Llevar el teléfono inalámbrico a la tina y llamarlo entre la espuma y las sales de baño, chapoteando y

bebiendo un trago con hielo. Tío, estoy muy bien acá, no necesito tus enredadas explicaciones ni tu casa en la calle equis ni nada. En realidad no necesito tu gentileza. Toma. El tío escuchará un tuut y luego vendrá una especie de culpa muy antigua. La culpa del miembro de una tribu que un día cualquiera ha abandonado el clan, se le ocurre a Chufa en la micro, mientras la imagen de la tina, la espuma de la tina sobre todo, se va alejando de su cabeza. El tío permanece ahí, sin embargo, como la esquina mal cortada de un dibujo infantil. La mujer interrumpe sus divagaciones: ¿y? ¿Aceptas el trato o no? Y, sí, Chufa saca de su cabeza al tío, abre los ojos y acepta. La mujer se pone muy alegre, al muchacho le da la impresión de que es una adolescente rabiosamente feliz. El hombre la mira como se mira a una mascota, como orgulloso de las gracias de su animalito. Chufa no puede evitar pensar en un perro cuando la mujer le pregunta qué hará con el dinero. Un perro siberiano. Eso hará con el dinero, dice: comprar un perro siberiano. Bonito regalo de Pascua, comenta él. Y después dice ya, niño, en la otra esquina tienes que bajarte. Y ella: gracias, oh, muchas gracias.

Lo que viene a continuación es como una cinta acelerada. Es Chufa en el interior de su propia cinta acelerada y dichosa. Baja de la micro, no le cuesta dar con la calle, encuentra el edificio, sube los cuatro pisos, introduce la llave en la cerradura, abre, entra en el departamento. En el living hay un silencio con grillos. Enciende una lámpara: lo primero que ve es la enciclopedia de perros. Después, la colección de autitos (todos escarabajos Volkswagen: qué cosa rara, piensa) sobre una repisa. El gas no está abierto, y sobre el tostador hay una marraqueta que Chufa se lleva a la boca como por instinto. Después ve un pedazo de chorizo y lo corta con un cuchillo carnicero. Pone el embutido sobre el resto del pan y da un mordisco grande, se diría rabioso. El refrigerador no contiene muchas provisiones, pero al revisar la parte de arriba da con un pollo congelado, que saca inmediatamente y guarda en una bolsa plástica. Vuelve al living y acomoda la bolsa con el pollo junto a la enciclopedia de perros mientras termina de masticar atropelladamente el pan con chorizo. Las primeras cortesías de su primera noche en la capital, divaga. Sus pensamientos van de un lado a otro y él no hace nada por ordenarlos. Está feliz, el muchacho. No sabe si sentarse a mirar el libro o seguir el paseo por la casa. Sin que él lo quiera, el tío vuelve a su cabeza. Es obvio que debe llamarlo, se dice y comienza a buscar el teléfono. Pero el teléfono no aparece por ningún lado. No hay teléfono en el departamento. Tampoco hay balcón ni almohadas de pluma, pero qué importa: hay un libro de perros y hay una tina que ahora empieza a ser llenada con agua tibia. No hay sales de baño pero sí espuma, y un capítulo dedicado a los siberianos. Es primera vez que Chufa entra en una tina llena de agua espumosa, y ahora lo hace con la enciclopedia de perros en las manos. Se mojan las páginas, pero qué importa. Quince minutos bastan para repasar la personalidad y los cuidados básicos de un siberiano. Cuando termina el baño de tina, y una vez vestido con sus mismas y únicas ropas, Chufa desprende de un tirón las hojas de la letra S de la enciclopedia, las dobla y las guarda en la bolsa del pollo congelado que ha dejado en el living. Está en eso, decidiendo qué hacer, cuando oye la puerta y luego unas voces y un hola en voz alta, como si fuera obvio que alguien va a responder; que él, Chufa, va a responder con otro hola muy natural y casi festivo. ¿Qué es esto?, se pregunta. Y, como en un flechazo, piensa en correr a la cocina, agarrar el cuchillo carnicero del mesón y enterrárselo al sujeto que repentinamente se atreve a interrumpir su prematura felicidad. Pero lo que hace y lo que dice es otra cosa: hola, hola. Al frente tiene ahora a la mujer y al hombre del microbús, que lo saludan nuevamente y le ofrecen una disculpa. Como si fueran allegados que vienen a romper su solitario equilibrio. La mujer le explica que antes de llegar a la estación se dieron cuenta de que habían olvidado los pasajes. Ya ves, dice el hombre que ahora abraza a la mujer por la espalda,

tenemos pajaritos en la cabeza. Y se ríe. Ella también se ríe. Al muchacho no le queda otra: se ríe, con una risa tan inestable como la del viejo pascuero que ha visto hace unas horas en la estación de buses. En todo caso, yo ya me iba, miente Chufa. Si quieres te quedas a cenar con nosotros, ofrece muy amable la mujer. No, no, muchísimas gracias. Ah, y el gas no estaba abierto, les informa. Ellos vuelven a reírse. Se ríen de todo, piensa Chufa. Y repite, nervioso: yo ya me iba, en serio. Mi familia me debe estar esperando. ¿Cómo te llamabas? Roberto, pero me dicen Chufa. ¿Por qué te dicen Chufa? Es una historia larga. Su voz ha sonado como la de un infeliz. Bonito en todo caso, dice el hombre, solo por llenar un silencio minúsculo pero notorio que se les ha cruzado de golpe. Todo lo hallan bonito, piensa Chufa en medio del silencio. Bueno, anda no más, si estás apurado, resuelve la mujer. Y se despiden y chao, chao, Pascua feliz para todos.

Antes de salir, el muchacho vuelve a pensar en el cuchillo carnicero, pero es solo una imagen. Una imagen, en todo caso, que deja una estela como un hilito muy delgado y que lo lleva a pensar en el sur y en eso de azotar calles, de azotarlas mejor en la capital. De azotar pollos ajenos, de azotar desconocidos. Eso es la capital, se dice mientras camina hacia la avenida donde pasan los microbuses. ¿Eso qué? No lo sabe: la frase ha sido arrojada al aire sin ningún razonamiento previo. Una vez arriba de la máquina mira el pollo adentro de la bolsa y piensa que no está mal para ser su primera Navidad en estas latitudes. Ahora tiene que encontrar un lugar donde prepararlo. Donde preparar el pollo. Pero la verdad de las cosas es que no tiene muchas opciones. Chufa supone que el tío se alegrará de ver a su sobrino en su casa y con un pollo en la mano.

AÑO NUEVO EN GANDER – JOSÉ MIGUEL VARAS

Helga Schmidt González nunca pensó que alguna vez le tocaría pasar el Año Nuevo en un aeropuerto, y menos en el de Gander, que no sabía si estaba en Escocia, Irlanda o Canadá.

—La tercera es la respuesta correcta —dijo Juanito Gándara, que estaba emocionado, porque era la primera vez que ella volvía a Chile después de. Juanito le trabajaba a los viajes en una agencia de Bremen. Inventó para ella la ruta de regreso más disparatada, pero también la más económica, con largas esperas y cambios de aviones en Gander, Miami y Lima, todo durante la noche del Año Nuevo de 1986.

—Son 283 dólares menos —dijo Juanito— en Santiago te van a hacer falta.

Argumento definitivo.

Pero cuando Helga desembarcó en Gander en su vuelo desde Frankfurt a las 21.30 (locales) y vio la sala de tránsito vacía y tomó conciencia plena de que allí tendría que esperar más de ocho horas y pasar el Año Nuevo en total soledad, le hizo falta todo su sentido práctico germano de Osorno para no deprimirse. Pensar sobre todo que volvía a Chile. ¡A Chile, por fin! Después de ocho años.

Había unas butacas cómodas. No sería mala idea dormir tres o cuatro horas. En la pared blanca, a unos quince metros de distancia, parpadeaba una lucecita verde hipnótica. Se sentó, estiró las piernas. Cambió de lugar para no mirar la lucecita y sacó el espejito de la cartera para retocarse los labios. Se vio algo ojerosa y pensó en repasar la sombra celeste que parecía agrandarle los ojos azules, heredados de su padre.

De pronto un altoparlante oculto hizo un ruido gutural y una voz femenina pidió en alemán que Frau González se dirigiera a la oficina de vuelos. Algo así. La pronunciación alemana no era buena, pensó con cierta superioridad.

Se puso de pie algo incierta y caminó hacia la puerta de cristales por donde había entrado. Cuando ya llegaba a ella, apareció marchando militarmente una rubia de uniforme azul marino con botones plateados y con una falda muy corta. Le mostró los dientes y le indicó con un gesto que la siguiera. Caminaron largos pasillos seguidas por el eco del taconeo marcial de la rubia. Llegaron a una oficina alfombrada donde el aire estaba muy caliente y con olor a pinos. A un costado echaba calor una chimenea falsa con brasas y leños falsos. Un hombre joven, flaco, de anteojos sin marco, la recibió poniéndose de pie detrás de un escritorio plateado y le ofreció asiento. Luego fue al grano sin demora:

—Frau González, nuestra línea aérea quiere proponerle un cambio. ¿Usted habla alemán, verdad?

—Ja, natürlich.

El hombre hablaba un curioso alemán dialectal, como de Friburgo, haciendo gallitos.

—Es un cambio ventajoso para usted. Y es que se embarque en nuestro próximo vuelo a Ciudad de México, dentro de... —miró su reloj pulsera de piloto, con varias esferas— una hora y 45 minutos. Se ahorrará una larga espera, sin costo alguno. ¿Comprende? Tendrá conexión inmediata a Miami, donde podrá tomar un vuelo directo a Santiago, sin escalas. Podrá estar más pronto con su familia y evitará tantas horas sola en la Noche Vieja. ¿Qué le parece?

Ella apretó los labios. Dónde estará la trampa. Los compañeros le advirtieron. Dijo: —No. En Santiago me esperan en el vuelo que tengo reservado. Gracias, pero no. No.

El flaco se mostró contrariado, pero trató de sonreír:

—Piénselo bien. Es por su propia conveniencia...

Ella sintió que su desconfianza crecía. Recordó los días pasados en Cuatro Álamos, la venda, la mordaza.

—Nein.

La misma rubia la escoltó de vuelta al salón de tránsito. Sin mirarla.

Una media hora después, la escena se repitió. La llevaron a otra oficina, más grande y más caliente.

Parece que afuera había nieve y mucho frío. Ahora el tipo era gordo, de pelo rojizo y cogote colorado. Hablaba inglés y olía a whisky y a tabaco de pipa. Parecía capitán de barco, pero de civil. Al tratar de convencerla de las ventajas del cambio de vuelo usaba un tono paternal.

Helga mantuvo su negativa como una roca.

De vuelta en tránsito se maquilló cuidadosamente por cuarta vez desde su partida. Era una operación que le daba seguridad en sí misma. Bostezó y se acomodó casi horizontal, con las piernas en la butaca vecina. No supo si había alcanzado a dormir tres minutos o veinte. Notó con un sobresalto que había un hombre de pie delante de ella. Bajó las piernas y se enderezó con rapidez.

—Frau González, buenas noches. O buenos días —le dijo en castellano, con un acento entre argentino y yanqui. Era muy elegante, tenía unos 50 años y a Helga le llamó la atención lo fino que tenía el pelo, entre castaño y cano, muy bien peinado. Sin duda era un ejecutivo de línea aérea. ¿O un agente de la CIA?

—Perdóneme que le insista, pero me parece que para usted es conveniente nuestra oferta, ¿sabe? Además le podemos buscar la variante que más le acomode. La llevaremos en clase Super DeLuxe. No va a tener queja ninguna, le garantizo. Podemos dejarla directamente en Miami. Si desea, podrá esperar su vuelo, la reserva que tiene —lo decía con cierto desdén— o puede elegir otro. El que le

convenga. Sin costo adicional. Además, podrá comunicarse por teléfono con quien desee en Santiago. Desde aquí, ahora mismo. Sin costo alguno.

¿Teléfono? Su desconfianza comenzó a bordear el pánico.

—¡No! —dijo, en voz innecesariamente alta—. No quiero ningún cambio.

—¿No? —repitió el ejecutivo, sorprendido—, ¿está segura?

—Estoy segura. No.

No lo estaba, pero había resuelto no aceptar nada. No la harían caer en ninguna trampa. En Santiago la iba a esperar su mamá, con un teléfono... ¡No! La maniobra era evidente.

El ejecutivo levantó los brazos y se fue, derrotado.

Ella volvió a acurrucarse en sus dos butacas.

Despertó cuando la llamaron a embarcar, siglos después. Caminó buscando el número de la puerta de embarque a través de pasillos y salas y pasillos, luego por un túnel hasta el vientre del inmenso avión. Se dejó caer en el lugar que le ofrecieron unas azafatas muy serias. La hilera completa de asientos estaba desocupada. Pensó que podría dormir regiamente, bien estirada y sin arrugar demasiado la falda.

Rugieron las turbinas, parpadeó una luz roja, Fasten seat belts. Cerró los ojos y cayó en un sopor. Siempre le pasaba en el despegue.

Oyó una voz que decía: —Frau González..., ¡feliz Año Nuevo!

El avión ronroneaba con dulzura y flotaba inmóvil en un cielo lechoso. Una azafata provista de una sonrisa permanente le estaba sirviendo champaña de una pequeña botella en una copa muy alta.

Helga se enderezó, dio las gracias como una niña bien educada de las Monjas Alemanas y, mientras tomaba la copa, echó una mirada en derredor. En toda la cabina de primera clase, donde la habían instalado, no se veía ni un solo pasajero. Dejó la copa en una bandeja junto a su asiento. Se puso de pie. Caminó dos pasos y desde el pasillo miró hacia la gigantesca zona de turismo. La azafata que le había servido la champaña y otra que estaba a su lado, algo más alta, la miraban con un gesto raro, tal vez de reproche. Vio doscientos o trescientos asientos blancos. Vacíos. El avión estaba desierto. Solo en ese momento comprendió que era la única, absolutamente la única pasajera del Jumbo.

(Berlín, 1989)

PRIMEROS PASOS
(BENEDICTO CHUAQUI)

<http://nuevo.bicentenariotalagante.cl/wp-content/uploads/2018/03/PRIMEROS-PASOS-BENEDICTO-CHUAQUI.pdf>